

LA COMUNIDAD DE LA LENGUA HISPANICA

POR GREGORIO MARAÑON

El que la Real Academia de la Lengua Española me haya elegido en esta ocasión, sin duda una de las más solemnes en la historia del idioma castellano, para dirigiros la palabra, tiene, frente a todas las apariencias, su sentido y su razón de ser. Como en ninguna otra época de su historia, trabajan y crean en su seno ilustres maestros de la filología, y a la cabeza de ellos don Ramón Menéndez Pidal; y lexicógrafos admirables, los que, agrupados y dirigidos por la gran autoridad de don Julio Casares, realizan la magna obra del *Diccionario Histórico.* Puede decirse que la noble y trascendente misión encomendada a nuestra Academia se cumple como pocas otras en el Estado español. Y, sin embargo, hoy no os habla en nombre de ella ninguna de sus altas autoridades, sino un hombre de ciencia y un profesional, y, por tanto, un hombre de la calle, que se sirve del lenguaje biológico y del habla de las gentes como instrumento de trabajo; y que sólo para aportar ese material especializado al gran cauce del idioma ha sido llamado a la Academia, sin poseer título alguno en las ciencias diversas referentes al correcto y al hermoso hablar.

En la jornada inaugural del II Congreso de Academias de la Lengua, celebrada en Madrid el 24 de abril de 1956, el académico español doctor don Gregorio Marañón y Posadillo pronunció el discurso de orden, en el que destacó el influjo vivificador que ejerce el talento literario de los grandes escritores y el genio del pueblo en el desarrollo del lenguaje, que, aun cuando repugna la extravagancia de los audaces y necesita de los técnicos del idioma, no puede dejarse aprisionar en moldes reglamentarios estrechos, porque si tal fuere el caso, se pudriría. Es necesario encauzar a las fuerzas creadoras, y muchas veces pulirlas; "pero—añadió el doctor Marañón—sin esa exuberancia popular, las lenguas morirían de la muerte peor, que es la de la pedantería y el fastidio". Habló también de la gran capacidad de creación idiomática hispanoamericana, y dijo que la lengua común, el castellano ecuménico, debe adaptarse a la vida diversa de ambos lados del mar.

Os decía, empero, que esta designación tiene su razón de ser. Porque la reunión de las Academias del idioma castellano tiene, desde luego, un trascendente sentido filológico, puesto que en ella se tratará de continuar la admirable labor desarrollada en el primer Congreso, el de Méjico, al que pertenece la gloria de la iniciativa. Pero el Congreso de Madrid tiene además un profundo significado general político, pudiéramos decir popular, que sobrepuja al meramente idiomático. Y para hablaros en ese ambiente basta la voz de un español que ama con pasión su habla nativa, que saluda cada mañana a los suyos y a sus amigos, y como buen ibero discute varias veces al día sobre lo divino y lo humano, y explica su cátedra y escribe sus libros, sintiendo en cada momento la fruición y el orgullo de que está hablando en castellano. Para esto tan modesto, casi anónimo, pero que en este solemne instante tiene un significado y una categoría, para esto puedo ser yo quien os dirija la palabra y el que genuinamente represente a nuestra Corporación.

Las ponencias, las comunicaciones y los debates que van a desarrollarse en los días venideros aclararán sin duda muchos problemas que se plantean en nuestro idioma común; viejos o recientes temas de gramática, de lexicografía, de semántica, agravados por la delicada situación que crea a las grandes lenguas cultas el ocaso de su renovación literaria y el empuje de su componente técnico y científico. Porque, quiérase o no, el mundo de los sentimientos y de las ideas generales empieza a estar agotado, en tanto que el de los inventos no ha hecho más que empezar su formidable captación de la vida entera y, por tanto, de lo que es instrumento fundamental de la vida: el lenguaje.

Todo esto se intentará resolver o se resolverá. Mas quedan en el primer plano de esta magna Asamblea otros aspectos, que se cifran todos ellos en la realidad de vuestra presencia en esta Casa, que es el hogar del espíritu de España y de lo que ha sido y es más fecundo y permanente en la obra civilizadora que Dios nos encomendó, y que hoy puede decirse que culminó, repito, al veros aquí, en el viejo y frondoso hogar, representando a naciones libres, poderosas, llenas de personalidad y brío, pero todas unidas por la comunidad que da el idioma, la única que no puede inspirar recelos nacionalistas ni resentimientos históricos, sino sólo desinterés y ese romántico regusto del pasado lejano, en que los recuerdos están ungidos por la palabra materna (caricia o enfado es igual), porque la distancia y la ternura han borrado de ellas todo lo que no sea sensación de inefable amanecer.

Ahora, al contemplar la misión ya cumplida, nos damos cuenta todos nosotros de la energía casi milagrosa del castellano. Llevo la voz de todos al decir esto, porque esa eficacia maravillosa de nuestra lengua es también obra vuestra. No estaba pulida todavía cuando empezaron a hablarla los españoles en el Nuevo Continente, antecesores nuestros y vuestros, para realizar su gran obra civilizadora con un ímpetu y una eficacia que hoy contempla el mundo entero, con admiración que está por encima de los credos confesionales y políticos. La Humanidad ha alcanzado ya su madurez, y la Historia tiene, cada vez más, el deber de revisar su pasado, es cierto. Pero no podemos seguir cometiendo el error de juzgar ese pasado con el criterio de nuestro tiempo, que es el error común de la Historia moderna. Y la verdad es que los españoles, y sobre todo los misioneros, cumplieron su deber histórico en la América auroral con un profundo sentido humano, ante el que no tienen más que un valor aislado episodios y anécdotas, que, uno a uno, encontrarían, analizados con el máximo rigor histórico, su explicación o su excusa.

Para la prodigiosa labor de aquellos hombres extraordinarios fué el castellano un instrumento incomparablemente eficaz. Y esta eficacia se basaba principalmente en que no fué una lengua impuesta, porque los españoles que llegaron a América no tuvieron otra preocupación que la de hablar en sus propios dialectos a los aborígenes. Bien conocidas son las anécdotas de los religiosos o de los hombres del siglo, que adquirieron facilidad pasmosa para dominar rápidamente numerosas hablas locales, como San Francisco Solano, que alcanzó a predicar y a entenderse en cincuenta de estas lenguas.

"Ningún esfuerzo, en suma—añade un gran historiador de ahora—, se intentó al principio para enseñar el castellano a los indígenas, mientras que los frailes y los funcionarios españoles aprendían las lenguas del país con sorprendente ardor." (Madariaga.) Y, sin embargo, el castellano claro, rotundo, no impuesto ni deliberadamente enseñado, se convirtió en pocos años en la lengua común del continente. Era el habla que convenía a la solemne grandeza del Mundo Nuevo. Cada pueblo lo hizo suyo, y conservando su estructura esencial y a veces vocablos y giros perdidos para nosotros, los peninsulares, se fué enriqueciendo con palabras transmitidas de los dialectos aborígenes y con modos originales propios de las nuevas formas de vida, que empezaban a crearse a favor de las nacientes nacionalidades en aquel escenario gigantesco.

Cada uno de esos matices del castellano que vosotros representáis cuenta con millones de hombres que lo hablan y lo refunden a su guisa. Y todos juntos forman uno de los idiomas básicos de la civilización actual, y seguramente uno de los que tendrán más fecundo porvenir en la civilización futura. Para componer su vasta estructura y para ajustarla a la dinámica de los tiempos fuimos todos a Méjico y habéis venido ahora a Madrid, sede de la Academia nuestra, experta por su tradición, pero llena todavía de ímpetu juvenil; y nada lo demuestra como su deseo de unir a su sabiduría tradicional la vuestra, ya en plena madurez. No hay rigurosamente un idioma castellano más o menos extendido por los mundos de Dios, sino muchos matices castellanos, ramas frondosas del nuestro. Y a todos los enlazan esa energía y esos sentimientos fecundos, casi mágicos, que se esconden en la palabra viva; esa gran comunidad de cosas que no son concretas, pero que pesan más en la vida que aquellas otras de la política, por la que los hombres disputan y se matan: la comunidad de religión, a la que respetan incluso los que no la sienten o suponen que no la sienten; la comunidad en la vida familiar, en el modo de sentir el ambiente y la vida interiores; la comunidad en las reacciones ante los grandes ideales, ante el dolor y la alegría, ante la existencia y la muerte. Y, por encima de todo esto, la fruición entrañable de oír y hablar con la armonía inefable del castellano bueno. Todo esto es lo que hemos querido consagrar en estas reuniones. Y a su lado, ¿qué significarían si fueran adversos, y a veces lo son, los lances del interés material o los de la política, muchas veces disgregadora, pero siempre efímera?

Este sentido general de nuestra alegría de hoy es el que quería deciros en nombre de la Academia Española. Es decir, el deseo de que no parezca que nuestro Congreso sea sólo una reunión de técnicos. Lo es, y vosotros venís aquí henchidos del saber heredado de vuestros grandes filólogos, gramáticos y humanistas, personificados en Bello, en Caro, en Cuervo y en otros muchos, porque la ciencia del lenguaje apareció casi desde las primeras generaciones que siguieron al descubrimiento.

Mas el lenguaje no es obra sólo de los técnicos, sino también de los escritores y del pueblo.

Poetas, novelistas, comediógrafos, ensayistas y tratadistas científicos, todos tienen su quehacer en la creación del idioma, porque de su genio depende la perfección y pulcritud de aquél; y, sobre todo, muchas de sus innovaciones. Necesita el idioma su exacto

reglamento. Pero si este reglamento no saltase en pedazos cada vez que surge un escritor genial, el idioma, estancado, se pudriría.

Un español insigne, bajo cuya sombra entré en esta Casa, el padre Feijoo, decía: "Puede asegurarse que no llegan ni a una razonable medianía todos aquellos genios que se atan escrupulosamente a reglas comunes." Porque "para ningún arte dieron los hombres, ni podrán dar jamás, tantos preceptos que el asunto de ellos sea comprensivo de cuanto bueno cabe en el arte".

Y yo digo: Acaso sea esta violación de las reglas, en el idioma como en todo, la señal más clara del genio creador. Claro es que el problema está en diferenciar el talento verdadero de la mera audacia o de la extravagancia, que siguen aparentemente el mismo camino. Pero en el audaz, la rebeldía sistemática es un fin y no el medio necesario para el gran vuelo de las ideas. Por eso, el genio es siempre fecundo y el audaz no; y la señal inequívoca que nos permitirá distinguirlos es que la rebelión del audaz es pasajera, mientras que la innovación del genio, que puede asombrar o indignar a los puritanos, se transforma rápidamente en normas nuevas, y la misma generación que las vió nacer las convierte en clásicas. Este proceso de la "normalización de lo extraordinario", de lo que parece estupendo, es uno de los mecanismos característicos del progreso.

Feijoo expuso esta misma idea con otras palabras, típicas de su ingenio y de su retórica: "Los hombres—decía—de corto genio son como los niños de la escuela, que si se arrojan a escribir sin pauta, en borrones y garabatos desperdician toda la tinta. Al contrario, los de espíritu sublime logran los más felices rasgos cuando generosamente se desprenden de los comunes reglamentos."

El secreto de esta virtud innovadora, del literato o del poeta geniales, que a trueque de algunas oleadas de escándalo aguzan y dilatan el gran instrumento del idioma, es el sentirse, casi siempre, sin proponérselo, superiores al ambiente. Y el hacerse superior al ambiente no es despreciarlo, sino olvidarlo. Hay que afrontar, claro es, el que los guardianes de los reglamentos rasguen sus vestiduras; pero no importa, porque lo que hoy parece desafuero no tardará en incorporarse a los reglamentos futuros. Puesto que acabo de hablar de Feijoo, recuérdese que a un archiacadémico de su época, a Forner, le parecieron funestas las libertades que el glorioso benedictino se permitía con el idioma, y sobre estas libertades compuso uno de los argumentos para sus exequias del idioma español, que suponía moribundo. Pero hoy, la prosa de Forner tiene sólo un valor arqueológico, y la viveza popular, libre y fresca

de la de Feijoo perdura con la misma actualidad y la misma eficacia que cuando él vivía, a pesar de todas sus incorrecciones.

Feijoo poseía ese creador olvido de las reglas que tienen los grandes innovadores. El escritor de calidad puede, en efecto, olvidarlas, olvidar las reglas, con tal que posea lo que Juan de Valdés llamaba "buena y clara sentencia", es decir, un contenido apotégmico que se incorpore al punto al repertorio ideológico del lector, y, a la vez, una expresión transparente. "Buena y clara sentencia"; pero con claridad que no siempre es sencillez, porque puede tener la otra transparencia suprema de la metáfora, de la que el mismo Valdés, castellano nuevo y maestro admirable del idioma, decía que "la mayor parte de la gracia y gentileza de la lengua castellana consiste en hablar por metáfora".

Todas estas virtudes crecen y fructifican en el castellano como en terreno ideal. Y a ellas se añade otra que los tiempos modernos imponen: la concisión, la brevedad que el pueblo español tuvo siempre en su habla, y acaso haya sido uno de los secretos de la eficacia y de la perduración del castellano. El maestro Valdés, y vuelvo a citarle, decía "que todo el buen hablar castellano consiste en que digáis lo que queráis en las menos palabras que pudiéredes". Y esto invita a considerar el tercer elemento creador del idioma: el pueblo.

Todo hombre de pluma, decía antes, es creador del idioma, y todos deben tener asiento en este máximo concilio del nuestro. Pero, además, el pueblo, el pueblo mismo es el forjador inicial de la expresión hablada e impulsor de su transformación incesante, y, por tanto, de su vitalidad, y creador incomparable de su gracia. La máxima virtud creadora del pueblo es la idiomática. Es el único aspecto en que puede decirse seguramente que la voz del pueblo es la de Dios. La gente de la calle pone la sal y el adobo instintivos al habla culta; y, a la larga, todo lo popular es—lo que menos pudiera pensarse—lo verdaderamente discreto, porque la gran discreción no nace en las aulas ni en los salones, sino en el seno del hogar, en el taller donde se trabaja y en la calle; y, para dar satisfacción a la memoria de don Miguel de Unamuno, añadiremos que también en el café. La discreción, como decía Cervantes, cuyo castellano inmortal está aprendido nueve partes en la vida y sólo una en los libros, "la discreción es la verdadera Gramática del buen lenguaje".

La calle y el hogar tienen, pues, su sitio de honor en esta Asamblea. Así, que vosotros traéis con la representación de vuestras Academias y de vuestros escritores la de los pueblos innúmeros que

habitan el gran continente. El pueblo, en la vida pública, no tiene siempre la razón, y eso lo saben mejor que nadie los demócratas; pero en asuntos de lenguaje tiene la razón siempre. Es preciso encauzar su exuberancia creadora, reformarla y, muchas veces, pulirla. Pero sin esa exuberancia popular, las lenguas morirían de la muerte peor, que es la pedantería y el fastidio.

Esta Academia, donde se elabora el léxico del castellano, está siempre pronta a admitir los giros y las voces del habla de la calle; y el deseo de una más estrecha colaboración con vuestras Academias (que más aún que vosotros mismos nosotros deseamos) se refiere muy principalmente a recoger el eco del lenguaje de vuestros pueblos. Los españoles que hemos vivido algún tiempo en América, y somos muchos, recordamos como una de nuestras mayores alegrías el oír hablar a vuestros hombres del campo, en las llanuras del Plata, en las costas del Pacífico, en los valles andinos, en las campiñas de Centroamérica y en las vastas tierras de Méjico. Sólo entonces tiene el español una idea exacta de la capacidad creadora de los pueblos americanos, de su genio idiomático para conservar las palabras justas del castellano viejo, para adaptarlas, cuando se puede, a sus vivencias nuevas y para inventar el instrumento lingüístico que requiere su dinamismo frente a aquella vida pujante y diversa.

Este inmenso material, vivo y fragante, que multiplica y rejuvenece al castellano de los primeros españoles que poblaron a América, debe tener no una anecdótica incorporación a su antigua matriz, sino una integración en sus mismas fundamentales estructuras. El vasto idioma común, el castellano ecuménico, debe adaptarse a la vida diversa de los dos lados del mar, con sus gloriosas raíces latinas y griegas, árabes y hebreas y las que corren por la savia de los pueblos nativos de América.

Un inglés que viajaba por España a principios del siglo XIX, en en una de las épocas de ocaso literario que tienen todos los pueblos, por lo común unidos a sus desventuras políticas, Borrow, que era el viajero, muy buen conocedor del castellano, decía que éste, en el lenguaje hablado del pueblo, era muy superior, como fertilidad y elegancia, al de los libros. Esto era verdad. Y ocurría pocos años después que Forner, el archiacadémico (aunque nunca perteneció a esta Academia, acaso por exceso de academicismo), disertara sobre la muerte del castellano y entonara sus exequias. Pero Forner era un cortesano y un burócrata, y no sabía que cuando la literatura de un país enferma, por el raquitismo oficial, el pueblo recoge y conserva y cultiva el tesoro que ha muerto en

las cátedras y en los libros, para de nuevo infundirlo después, en una resurrección culta y literaria. El viajero inglés lo ignoraba también. Pero vivió bastante para ver que el castellano que oyó en sus andanzas por los pueblos españoles fructificó poco después en la gran literatura romántica, y más adelante en el brote admirable del siglo XIX, que, yo creo que sin hipérbole, ha calificado un insigne crítico como el segundo Siglo de Oro español.

En tanto esté viva y en evolución el habla del pueblo, está o estará vivo el idioma culto. Por eso el pueblo, como reserva permanente y eficaz del lenguaje, tiene aquí su sitio de honor

He aquí por qué os decía que esta ocasión es memorable en la historia del castellano. Porque lo es también en la historia de aquello que el castellano representa y representará en el progreso de los hombres.

Sed bien venidos a esta reunión que esperábamos todos con ilusión y con amor. Yo he dicho en alguna parte—no sé en cuál, porque he hablado y escrito tantas veces en América—que uno de los rasgos del carácter español es la nostalgia de América. La nostalgia no sólo de los que estuvimos allí y hemos vuelto al hogar nativo, sino la más punzante: la de los que nunca cruzaron el mar. La nostalgia de la tierra lejana, que nunca se vió, pero que se ama por puro presentimiento, por romanticismo del bien que sólo se ha soñado, por mito de la tierra de promisión. Este sentimiento, heredado de generación en generación a través de los siglos, tiene más fuerza que los vanos alejamientos que a veces crean los turbulentos recuerdos del pasado o las diferencias políticas o económicas de hoy.

Y pienso que a vosotros os ocurrirá lo mismo; que por encima de esos eventuales momentos de disconformidad late en las moradas íntimas de vuestro espíritu, en esas moradas donde asientan las recias y fecundas pasiones que no cambian nunca, un instintivo movimiento de solidaridad y de amor hacia el solar antiguo, de donde salieron los hombres que por ley natural habían de colaborar con vosotros en los destinos más augustos que la Historia reserva a los humanos, es decir, el continuar una forma de civilización que puede inscribirse entre las más gloriosas que hayan existido jamás.

Don Andrés Bello dijo en la portada de su libro más trascendente "que es importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes".

Y yo añado, en nombre de la Academia Española, que ese deseo y ese sueño del gran polígrafo americano nunca han estado tan cerca como hoy de ser una jubilosa realidad.

Gregorio Marañón.
Castellana, 59, dupl.
MADRID (España).